¿Qué significa realmente cargar con la cruz?

«Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame» (Lucas 9,23).

Pocas frases de Jesucristo son tan conocidas y, al mismo tiempo, tan incomprendidas como esta. La escuchamos en homilías, la vemos escrita en imágenes religiosas, la repetimos cuando sufrimos una enfermedad o atravesamos una dificultad. Sin embargo, ¿sabemos realmente qué quiso decir Nuestro Señor cuando habló de cargar con la cruz?

En una época que busca la comodidad inmediata, la satisfacción instantánea y la eliminación de cualquier sufrimiento, las palabras de Cristo resultan profundamente contraculturales. Mientras el mundo moderno proclama: «Evita el dolor a toda costa», Jesús enseña: «Toma tu cruz y sígueme».

Pero atención: cargar con la cruz no significa buscar el sufrimiento por el sufrimiento. Tampoco consiste en resignarse pasivamente ante las injusticias o aceptar cualquier situación sin luchar por mejorarla. La cruz cristiana es mucho más profunda, mucho más exigente y, paradójicamente, mucho más liberadora.

Comprender este misterio puede cambiar completamente nuestra manera de vivir la enfermedad, los problemas familiares, las dificultades económicas, las humillaciones, las decepciones e incluso los pequeños sacrificios cotidianos.

La cruz: un símbolo que escandalizaba

Para entender las palabras de Cristo debemos situarnos en el contexto histórico.

Hoy vemos cruces en iglesias, hogares, cementerios o colgadas al cuello. Nos resultan familiares. Incluso quienes no son creyentes reconocen la cruz como símbolo del cristianismo.

Pero en tiempos de Jesús la cruz no era un símbolo religioso.

Era un instrumento de ejecución.

Representaba la forma más cruel, humillante y vergonzosa de muerte que conocía el Imperio Romano. Los condenados eran obligados a cargar el travesaño de la cruz hasta el lugar de la

ejecución ante las burlas y el desprecio de la multitud.

Por eso las palabras de Cristo debieron resultar impactantes para quienes las escucharon.

Jesús no dijo simplemente: «Aceptad las dificultades de la vida».

Dijo algo mucho más radical.

Dijo que quien quisiera ser su discípulo debía estar dispuesto a seguirle incluso por el camino de la cruz.

Mucho antes de que Él mismo fuera crucificado, ya estaba anunciando que el camino hacia la gloria pasaría necesariamente por el sacrificio.

La cruz no es cualquier sufrimiento

Uno de los errores más frecuentes consiste en llamar «cruz» a cualquier problema.

Sin embargo, desde la perspectiva cristiana, no todo sufrimiento es una cruz en sentido evangélico.

Las consecuencias de nuestros pecados, por ejemplo, no son necesariamente una cruz.

Si una persona destruye su matrimonio por infidelidad, las consecuencias dolorosas que siguen no constituyen la cruz de Cristo, sino el fruto de una mala decisión.

Tampoco es una cruz aquello que podríamos corregir legítimamente y nos negamos a cambiar por comodidad.

La cruz cristiana es, ante todo, el sufrimiento que aparece cuando buscamos permanecer fieles a Dios.

Es el precio de la fidelidad.

Es aquello que debemos soportar por amor a Cristo, por obediencia a su voluntad o simplemente porque Dios permite una prueba para nuestra santificación.

La enfermedad aceptada con fe.

La injusticia sufrida sin odio.

La fidelidad matrimonial en medio de dificultades.

La lucha contra las tentaciones.

La defensa de la verdad cuando resulta impopular.

La perseverancia en la fe en un ambiente hostil.

Todo ello puede convertirse en una auténtica cruz cristiana.

La gran diferencia entre sufrir y cargar con la cruz

Todos los seres humanos sufren.

Creyentes y no creyentes.

Santos y pecadores.

Ricos y pobres.

La diferencia no está en sufrir.

La diferencia está en cómo se vive ese sufrimiento.

Dos personas pueden atravesar exactamente la misma enfermedad.

Una puede vivirla con desesperación, rabia y resentimiento.

La otra puede ofrecerla a Dios, unirla a la Pasión de Cristo y convertirla en fuente de crecimiento espiritual.

Exteriormente parecen situaciones idénticas.

Espiritualmente son completamente distintas.

La cruz no consiste únicamente en padecer.

Consiste en unir el sufrimiento a Cristo.

San Pablo expresa esta realidad con palabras sorprendentes:

> *«Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo en favor de su cuerpo, que es la Iglesia» (Colosenses 1,24).*

Evidentemente no falta nada al sacrificio redentor de Cristo. Lo que enseña San Pablo es que los cristianos estamos llamados a participar en esa obra redentora mediante nuestra unión con la Pasión del Señor.

Cuando ofrecemos nuestros sufrimientos unidos a Cristo, estos adquieren un valor sobrenatural.

La cruz deja de ser un absurdo para convertirse en camino de redención.

El escándalo moderno ante la cruz

La cultura contemporánea tiene enormes dificultades para comprender esta enseñanza.

Vivimos en una civilización que considera el sufrimiento como el mal absoluto.

Todo debe ser cómodo.

Todo debe ser fácil.

Todo debe ser inmediato.

Si algo cuesta esfuerzo, se abandona.

Si algo produce sufrimiento, se elimina.

Si una relación exige sacrificio, se rompe.

Si una responsabilidad pesa demasiado, se evita.

Sin embargo, la experiencia humana demuestra constantemente que las cosas más valiosas suelen requerir sacrificio.

Una madre sufre por sus hijos.

Un padre se sacrifica por su familia.

Un estudiante trabaja durante años para alcanzar una meta.

Un deportista soporta duros entrenamientos.

Un sacerdote entrega su vida al servicio de Dios.

Un santo renuncia incluso a grandes bienes por amor a Cristo.

El sufrimiento, en sí mismo, no es bueno.

Pero puede convertirse en el camino hacia bienes mayores.

La cruz nos recuerda precisamente esta verdad olvidada.

La cruz cotidiana de cada cristiano

Cuando escuchamos hablar de la cruz solemos pensar en grandes tragedias.

Pero Jesús dijo algo muy concreto:

«Tome su cruz cada día».

Cada día.

No solamente en los grandes dramas.

No solamente en las crisis extraordinarias.

La cruz cotidiana suele ser mucho más humilde.

Es levantarse para cumplir el deber cuando no apetece.

Es responder con paciencia cuando alguien nos irrita.

Es guardar silencio ante una ofensa.

Es rezar cuando no sentimos consuelo.

Es cumplir nuestras obligaciones familiares.

Es perseverar en la castidad.

Es rechazar una tentación.

Es perdonar una herida.

Es aceptar una limitación.

Es soportar una enfermedad crónica.

Es continuar amando cuando no recibimos amor a cambio.

Estas pequeñas cruces diarias, aceptadas por amor a Dios, tienen un inmenso valor espiritual.

Los santos insistieron repetidamente en que la santidad suele construirse más mediante la fidelidad en las pequeñas cruces que mediante los grandes heroísmos ocasionales.

Cristo no cargó la cruz solo para enseñarnos

Aquí encontramos un punto esencial de la teología católica.

Jesús no cargó la cruz únicamente para darnos ejemplo.

La cargó para redimirnos.

La cruz es el lugar donde se manifiestan simultáneamente la justicia y la misericordia divinas.

Allí contemplamos la gravedad del pecado.

Pero también contemplamos el amor infinito de Dios.

Cada vez que un cristiano abraza su propia cruz, participa de algún modo en ese misterio redentor.

Por eso los santos no veían la cruz únicamente como una carga.

La contemplaban como una oportunidad de unión con Cristo.

No porque amaran el dolor.

Sino porque amaban al Crucificado.

Los santos y el misterio de la cruz

Toda la historia de la Iglesia está llena de hombres y mujeres que comprendieron profundamente este misterio.

Los mártires aceptaron la persecución antes que renunciar a la fe.

Los confesores soportaron incomprensiones.

Los misioneros afrontaron peligros y privaciones.

Las madres cristianas sacrificaron innumerables comodidades por sus hijos.

Los religiosos renunciaron libremente a muchos bienes legítimos.

Todos ellos entendieron algo que el mundo actual suele olvidar:

La cruz no es el final de la historia.

La Resurrección viene después.

El Viernes Santo conduce al Domingo de Pascua.

No existe cristianismo sin cruz.

Pero tampoco existe cruz cristiana sin esperanza.

Cómo cargar con la cruz hoy

Desde una perspectiva pastoral, podemos señalar algunos pasos concretos.

1. Reconocer la cruz que Dios permite

No debemos inventarnos cruces imaginarias.

La verdadera cruz suele encontrarse en los deberes y circunstancias que Dios permite en nuestra vida.

2. Evitar la rebelión estéril

Es legítimo buscar soluciones a los problemas.

Pero cuando algo no puede cambiarse, la rebeldía constante sólo aumenta el sufrimiento.

3. Unirlo todo a Cristo

Una breve oración puede transformar completamente una prueba:

«Señor, te ofrezco este sufrimiento unido a tu Pasión».

4. Mantener la esperanza

La cruz nunca tiene la última palabra.

La última palabra pertenece siempre a Dios.

5. Recordar que no caminamos solos

Cristo sigue cargando nuestras cruces con nosotros.

Como ayudó a Simón de Cirene a llevar la suya, también sostiene a quienes confían en Él.

La paradoja cristiana: perder para ganar

El Evangelio contiene una de las paradojas más profundas jamás pronunciadas:

> *«Porque quien quiera salvar su vida la perderá; pero quien pierda su vida por mí la salvará» (Lucas 9,24).*

El mundo enseña a aferrarse.

Cristo enseña a entregarse.

El mundo promete felicidad evitando toda cruz.

Cristo promete vida eterna abrazando la cruz con amor.

La historia demuestra cuál de los dos caminos produce verdadera paz.

Una cruz que conduce a la gloria

La cruz nunca puede entenderse separada de la Resurrección.

Si Cristo hubiera permanecido en el sepulcro, la cruz sería únicamente una tragedia.

Pero Cristo resucitó.

Y precisamente por eso toda cruz llevada con Él adquiere sentido.

Cada sacrificio ofrecido.

Cada lágrima soportada con fe.

Cada acto de fidelidad.

Cada renuncia hecha por amor a Dios.

Nada se pierde.

Todo puede convertirse en semilla de eternidad.

Quizá el gran problema de nuestro tiempo no sea que sufrimos demasiado.

Quizá sea que hemos olvidado para qué puede servir el sufrimiento cuando se une a Cristo.

Cargar con la cruz no significa buscar el dolor.

Significa caminar con Cristo por el sendero que conduce a la santidad.

Significa confiar cuando no entendemos.

Significa amar cuando cuesta.

Significa permanecer fieles cuando el mundo invita a abandonar.

Y significa recordar que detrás de cada Viernes Santo espera siempre la luz gloriosa de la

Pascua.

Porque la cruz no es el final del camino.

La cruz es el puente que conduce a la Resurrección.